

## LA IMAGEN SE PIERDE

Graciela Baquero

*A Dionisio Romero*

Después de un tiempo una empieza a sentirse mal con todo este rojo falso en la cara, en las manos, como una mancha creciendo hasta que ya no se recuerda el color de la piel y lo peor es que ya no importa. El rojo va pintándome el cuerpo hasta que ya no es más que una parte del mobiliario de este local de chicas prudentemente encerrado en sí mismo, comiendo de un oxígeno que se inventa. Aquí, putas finas y plantas de plástico inundan los pasillos, creciendo, equivocadas, pensando que están vivas, sin raíces, sin tierra. Pero nada se rompe; convivimos creyéndonos mutuamente, para ser sólo partes del itinerario del amor. Y siempre hay un hombre que nos mira y es feliz a su modo.

Lo tuyo es distinto. En el garaje, por lo menos entra el aire, puedes tener frío o calor, te pasan cosas. Ahí dentro no. Ahí todo está previsto para que nada deje su lugar en la escena y la tragedia continúe sin resolución.

Al principio me gustaba, tanto lujo a la vista. Bebe lo que quieras, come, fuma. Nunca había visto tanta agua junta para bañarse, y caliente. Recuerdo la primera vez que me metí en la ducha y me caía el agua como una caricia fuerte. Me puse a llorar, no sabía por qué; entonces reía y luego todo junto. Raro, ¿no...? Y la cama grande y las sábanas oliendo siempre a nuevo. ¡Dios mío, cómo se envejece aquí! Al principio me gustaba. Yo venía del campo. ¿Cómo no iba a deslumbrarme con tantas cosas nuevas? Después es duro. Uno empieza a extrañar los bichos de

la luz, la gente de uno, el descampado. Sí, el descampado al fondo de la iglesia donde se hace el amor contra los muros y las ortigas pican en las piernas. Pero no importa porque se hace el amor y todo es verdad: la luz pequeña de la noche, las manos de Juan, los perros mirando y ese olor que desprenden los cuerpos satisfechos.

Aquí no hay dónde verse la cara, y eso que está lleno de espejos, por arriba, por abajo, son ellos los que miran. Hay veces que soy fuerte y me meto dentro de sus reflejos, me escapo por la imagen y detrás del frío me acuesto sola, y tomo leche caliente, y me tapo los pies. Sola, o con Juan cuando me da por inventarlo, entonces sí que pasan cosas. Con los otros no. A los otros los voy mirando y los voy olvidando, todo a la vez.

Debe de estar bien trabajar en un garaje, tienes suerte: puedes leer, dormir un rato si quieres, y tienes los gatos. A mí me gustan esos bichos; miran de frente y eso siempre me ha gustado. Yo tuve una hembra, negra como la sombra, que recogí de la calle a los pocos días de llegar aquí. Andaba siguiéndome, sin perderme de vista, decidida a hacerse sitio entre mis cosas. La llevé al cuarto de la pensión, pero se murió pronto; yo digo que fue la pena, y eso que podía irse cuando quisiera, pero no se fue. Dejó de comer. Ella no pedía y yo me iba olvidando. En los primeros días nos acompañábamos, no le hablaba, qué le iba a decir. A veces la acariciaba un rato y ella cerraba los ojos como si se fuera adentro de la piel a sentir la mano. Pero dejó de importarme y ella no dijo nada. Un día la encontré tesa debajo del armario. Se había envuelto en un trapo. Sabía que debía ocuparse de todo si quería hacerlo. La tiré a la basura. En el campo los muertos sirven, crecen luego. Aquí en la ciudad no. Aquí no hay tierra que les haga sitio.

Cuánto silencio. En los garajes siempre siento que está a punto de pasar algo, como si dentro de esta quietud, de esta oscuridad, hubiera siempre alguien preparado para correr. Pero nunca pasa nada. Son lugares sin historia donde uno siempre está de paso, yéndose; por eso vengo a verte, porque tú eres un habitante de ninguna parte. Y si a veces no lo hago es porque tienes esa maldita radio puesta. Antes me gustaba mucho escucharla, pero como me enteré de lo de Juan por ella, ahora me pongo a morir cada vez que la oigo, y lloro y no hay quien me pare. Qué

tonta, ¿no? Con la compañía que hacen estos trastos. Pero a mí no se me olvida aquella tarde. ¿Sabes lo que es que una se entere de que te lo han matado, así, a lo tonto? Yo estaba cosiendo. Me había comprado un retal de flores grandes y tan bonitas que tenían olor. Entonces me puse a hacer una blusa con muchos volantes, alegre. Y cuando la radio dijo su nombre no lloré, no, ni un poquito. Seguí cosiendo como si nada. Lo cosí todo, hasta los agujeros de las mangas y el cuello, como para no meterse nunca allí dentro. Si es que no me lo esperaba; esas cosas uno no cree que vayan a pasar hasta que pasan y yo, que me había enfadado con él por una tontería, porque había estado hablando con una mujer, pero nada, hablar sólo. Cosas de novios. Cuando se iba le dije: «Ojalá te mueras». Y ni un beso le di. ¡Mierda! Después se me pasó y nada, un montón de puñaladas.

Locuras de hombre. Y eso que eran amigos; con decirte que el otro quedó lelo para siempre. Dicen que anda de noche por el campo, plantando palos secos, botellas, cosas así, de las que no crecen aunque se rieguen con sangre. A mí no me da pena, no señor, cada uno se ha muerto a su modo y yo... Ni un beso le di, ni cuando lo vi metidito en la caja. Eso sí que me pesa; se me ha quedado un beso aquí, atragantado, y no puedo sacarlo con nada.

Se ha puesto a llover, y en días así siempre estoy preparada para correr, para irme lejos, donde no haya casas y se vea el campo sin terminar. Hace tanto que no salgo de aquí. Imagina: elegimos el coche, uno de color verde, y nos vamos al mar, yo no lo conozco. Debe de ser muy planito y siempre moviéndose. Debe de marear si uno lo mira mucho tiempo seguido, como las cosas buenas. Me iría contigo, tú eres fuerte y tienes para mí la enorme ventaja de ser mudo, de poseer los silencios que tanto necesito. Me gustaría irme a la cama contigo. ¿Sabes? Nada de cobrar, como si fueras mi hombre. Y entonces hacemos el amor y dormimos luego abrazados.

Estaría bien salir de aquí hacia alguna parte, pero, lo siento, este cuerpo mío está bien domesticado, él va por la vida sin hacer preguntas y casi sin deseos, como empujado por una fuerza ciega, sin pasiones. Sí; me largaría de aquí inmediatamente, pero esta carne conoce el camino y además se está haciendo tarde. Será mejor que me vaya.

Al levantarme la mano del mudo se puso a acariciarme como si tuviera que reunir partes de una mujer desmembrada. ¡Cómo me sanaba el silencio de su boca, su mano rozándome llena de sentido! Lo miré desde el sonido y él me observó, me palpó con sus ojos como si yo fuera cierta. Entonces hizo una mueca llena de significados que yo besé una y otra vez, llenándonos de babas, como quienes curan heridas.

Me alejé despacio. El mudo tenía la costumbre de mirarme el cuerpo hasta el último momento. Podía imaginar cómo mi figura se le hacía pequeña en la distancia hasta el momento de desaparecer, como si alguien metiera la mano en la escena que, igual que el agua, se enturbia hasta que la imagen se pierde.

(De *Pintura sobre agua*)